

Cristo. (...) El Señor le hizo entender profundamente el don de nuestra filiación divina. Él enseñó a contemplar el rostro tierno de un Padre en el Dios que nos habla a través de las más diversas vicisitudes de la vida. Un Padre que nos ama, que nos sigue paso a paso y nos protege, nos comprende y espera de cada uno de nosotros la respuesta del amor. La consideración de esta presencia paterna, que lo acompaña a todas partes, le da al cristiano una confianza inquebrantable; en todo momento debe confiar en el Padre celestial. Nunca se siente solo ni tiene miedo. En la Cruz –cuando se presenta– no ve un castigo, sino una misión confiada por el mismo Señor. El cristiano es necesariamente optimista, porque sabe que es hijo de Dios en Cristo”.

Más adelante, el Papa comentó la actualidad del mensaje de san Josemaría, subrayando la sintonía de sus enseñanzas con uno de los temas que el Papa consideraba cruciales en la pastoral en nuestros días: la armonía entre fe y cultura. He aquí sus palabras: “Este mensaje tiene numerosas implicaciones fecundas para la misión evangelizadora de la Iglesia. Fomenta la cristianización del mundo «desde dentro», mostrando que no puede haber conflicto entre la ley divina y las exigencias del auténtico progreso humano. Este sacerdote santo enseñó que Cristo debe ser la cumbre de toda actividad humana. Su mensaje impulsa al cristiano a actuar en los lugares donde se está forjando el futuro de la sociedad. De la presencia activa de los laicos en todas las profesiones y en las fronteras más avanzadas del desarrollo sólo puede derivar una contribución positiva para el fortalecimiento de la armonía entre fe y cultura, que es una de las mayores necesidades de nuestro tiempo” (CAPUCCI, 2009, pp. 141-142).

Y concluyó exhortando a los presentes a servir a la Iglesia con una conducta coherente con el ejemplo y las enseñanzas de san Josemaría. Palabras que todos entendieron como una llamada a la responsabi-

lidad, así como aquellas con las que Juan Pablo II, tras la ceremonia de la canonización, se despidió de los fieles presentes: “Saludo cordialmente al Prelado y a todos los miembros del Opus Dei: os agradezco todo lo que hacéis por la Iglesia” (CAPUCCI, 2009, p. 134).

Voces relacionadas: Devoción a san Josemaría.

Bibliografía: Flavio CAPUCCI, *Josemaría Escrivá, santo. El itinerario de la causa de canonización*, Madrid, Rialp, 2009.

Flavio CAPUCCI

CARÁCTER, FORMACIÓN DEL

1. El carácter, rasgo distintivo de la personalidad humana y cristiana. 2. Educación del carácter.

San Josemaría habla del carácter, conjunto de cualidades psíquicas y espirituales que configuran la manera de ser de cada persona, desde una perspectiva espiritual, en cuanto elemento conformador de la personalidad y, especialmente, del temple del cristiano que está llamado a asemejarse a Jesucristo impregnando su personal modo de ser con la luz y la vida que derivan del Dios hecho hombre. Plantea, pues, la formación del carácter con una orientación humana y sobrenatural, que es profundamente cristológica y por tanto apostólica. A este respecto es muy significativo que *Camino* se inicie con un capítulo dedicado al carácter y que sus primeros puntos sean los siguientes: “Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil. –Deja poso. –Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. –Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón” (C, 1); “Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al

verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo” (C, 2).

1. El carácter, rasgo distintivo de la personalidad humana y cristiana

Como el ser humano es una unidad de cuerpo y alma, de espíritu y materia, el carácter o modo de ser tiene una base biológica, el temperamento, es decir, aquellos aspectos de su constitución fisiológica que influyen en su modo de reacción. La conjunción de carácter y temperamento da lugar a la índole de cada persona; de ahí que existan individuos que son temperamentalmente introvertidos o extrovertidos, inquietos o reflexivos, etc. Por eso es preciso templar el carácter mediante el buen uso de la inteligencia y la voluntad, de modo que dé lugar a una personalidad equilibrada (cfr. S, 417).

En la configuración del carácter, la familia tiene un influjo destacado, y en especial los padres. Así ocurre en la vida de todo ser humano. Y así debió ocurrirle –a san Josemaría le gustaba señalarlo– a Cristo en cuanto hombre, cuyo modo de ser mostraría rasgos que recordarían a santa María y a san José: “Porque Jesús debía parecerse a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter, en la manera de hablar. En el realismo de Jesús, en su espíritu de observación, en su modo de sentarse a la mesa y de partir el pan, en su gusto por exponer la doctrina de una manera concreta, tomando ejemplo de las cosas de la vida ordinaria, se refleja lo que ha sido la infancia y la juventud de Jesús, y por tanto, su trato con José” (ECP, 55).

Junto a la influencia familiar hay que mencionar la que ejerce la cultura regional y nacional en cuyo contexto nace o se desarrolla cada persona. San Josemaría no vacilaba en reconocerlo respecto de sí mismo: “Soy aragonés y, hasta en lo humano de mi carácter, amo la sinceridad: siento una repulsión instintiva por todo lo que suponga tapujos” (ECP, 70). A la vez, invitaba a superar toda limitación cultural,

de forma que la espontaneidad, estuviera muy unida no sólo a la fortaleza, que lleva a moderar las manifestaciones del propio temperamento, sino a la magnanimidad, que nace de un corazón grande capaz de apreciar no sólo la propia familia o la propia cultura, sino las riquezas que se manifestasen en otras personas o en otras comunidades o civilizaciones (cfr. C, 525).

El hecho de que el carácter tenga presupuestos psíquicos y reciba el influjo de los contextos que rodean a cada persona, no puede hacer olvidar, sin embargo, que todos esos factores no determinan por entero la personalidad: la voluntad, y con ella la libertad, juegan un papel decisivo. De cómo actúe cada persona, de cómo decida en las diversas circunstancias de su vida dependerá la configuración definitiva de su carácter: “No digas «Es mi genio así..., son cosas de mi carácter». Son cosas de tu falta de carácter” (C, 4).

En el idioma castellano la voz “carácter” puede usarse con dos sentidos o acepciones: un sentido genérico, que remite a todo modo de ser; y un sentido más restringido, al que se acude para designar el hecho de que una determinada persona posee un carácter consistente y una voluntad firme, de modo que, refiriéndose a ella, puede decirse que es un varón o una mujer “de carácter”. En el punto de *Camino* que acabamos de citar, y, en general, en los escritos de san Josemaría, están presentes esos dos sentidos, pero el segundo es el predominante, si no numéricamente, al menos en cuanto objetivo o intención, en coherencia con su aguda conciencia de la relación entre lo cristiano y lo humano, entre las virtudes sobrenaturales y las virtudes humanas. “«Iesus Christus, perfectus Deus, perfectus Homo» –Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre. Muchos son los cristianos que siguen a Cristo, pasmados ante su divinidad, pero le olvidan como Hombre..., y fracasan en el ejercicio de las virtudes sobrenaturales –a pesar de todo el armatoste externo de piedad–, por-

que no hacen nada por adquirir las virtudes humanas” (S, 652).

De hecho puede decirse que uno de los objetivos fundamentales de la predicación de san Josemaría –presupuesta su proclamación de la llamada universal a la santidad y su honda conciencia de la necesidad absoluta de la gracia divina para responder a esa llamada– fue el deseo de formar hombres y mujeres de carácter, en los que una personalidad humana bien asentada sirviera de apoyo a la vocación divina y a su concreta realización en los hechos. Es esta convicción de fondo lo que explica que inicie *Camino*, como antes señalábamos, con un capítulo dedicado al carácter, y la fuerza con que, en ese capítulo y en otros muchos momentos, recalque la importancia de fortalecer y orientar adecuadamente el propio carácter.

Sin el esfuerzo necesario para orientar y templar el carácter, la personalidad se desdibuja e incluso se desmorona y las metas ideales resultan inalcanzables. “No caigas –afirma en *Camino*– en esa enfermedad del carácter que tiene por síntomas la falta de fijeza para todo, la ligereza en el obrar y en el decir, el atolondramiento...: la frivolidad, en una palabra. Y la frivolidad –no lo olvides– que te hace tener esos planes de cada día tan vacíos («tan llenos de vacío»), si no reaccionas a tiempo –no mañana: ¡ahora!–, hará de tu vida un pelele muerto e inútil” (C, 17). Y en una de sus homilías: “El que no escoge –¡con plena libertad!– una norma recta de conducta, tarde o temprano se verá manejado por otros, vivirá en la indolencia –como un parásito–, sujeto a lo que determinen los demás. Se prestará a ser zarandeado por cualquier viento, y otros resolverán siempre por él. *Estos son nubes sin agua, llevadas de aquí para allá por los vientos, árboles otoñales, infructuosos, dos veces muertos, sin raíces* (Jds, 12), aunque se encubran en un continuo parloteo, en paliativos con los que intentan difuminar la ausencia de carácter, de valentía y de honradez” (AD, 29). Ha-

blando positivamente, y de nuevo en *Camino*: “Voluntad. –Energía. –Ejemplo. –Lo que hay que hacer, se hace ... Sin vacilar ... Sin miramientos ... Sin esto, ni Cisneros hubiera sido Cisneros; ni Teresa de Ahumada, Santa Teresa ...; ni Iñigo de Loyola, San Ignacio ... ¡Dios y audacia! –«Regnare Christum volumus!»” (C, 11).

El fortalecimiento del carácter implica empeño y lucha, pero sin olvidar –y esto es decisivo para entender el mensaje de san Josemaría– que ese fortalecimiento no tiene su fin en el carácter mismo. “Tienes ambiciones:... de saber..., de acaudillar..., de ser audaz. Bueno. Bien. –Pero... por Cristo, por Amor” (C, 24)

No se trata solamente de ser una persona de carácter, sino de fortalecer –y, en su caso, enderezar– el propio carácter, para así estar en condiciones de amar y de servir. Más concretamente, de identificarse con Cristo para, en Cristo y con Cristo, aprender a tratar a Dios como Padre y a afrontar las situaciones y tareas que implique la propia vida con un profundo espíritu de servicio. Esa finalidad, a la que debe aspirar todo cristiano, reclama energía interior, firmeza de carácter, sin lo que no puede haber ni verdadero crecimiento en la vida espiritual: “No podemos permitir que el trato con Jesucristo dependa de nuestro estado de humor, de los cambios de nuestro carácter. Esas posturas delatan egoísmo, comodidad, y desde luego no se compaginan con el amor” (AD, 151), ni auténtico testimonio de fe cristiana: “–Hijo: ¿dónde está el Cristo que las almas buscan en ti?: ¿en tu soberbia?, ¿en tus deseos de imponerte a los otros?, ¿en esas pequeñeces de carácter en las que no te quieres vencer?, ¿en esa tozudez?... ¿Está ahí Cristo? –¡¡No!! –De acuerdo, debes tener personalidad, pero la tuya ha de procurar identificarse con Cristo” (F, 468).

2. Educación del carácter

Cuanto hemos expuesto pone de manifiesto que en relación con el carácter

puede hablarse no sólo de evolución –se modifica, por ejemplo, con la edad–, sino de educación o formación, ya que, partiendo de la realidad psíquica de cada sujeto, la voluntad puede orientar sus potencialidades en uno u otro sentido. De hecho, ésta es, como decíamos al principio, la perspectiva que adopta san Josemaría y por tanto la que ha estado presente desde el principio de estas páginas. Conviene, no obstante, que, siguiendo a san Josemaría, completemos la exposición, aunque sea a modo de pinceladas.

Para un cristiano la formación del carácter remite no sólo a un ideal, sino a una persona, Jesucristo, y es, por tanto, asunto de amor. “Es ese amor de Cristo el que cada uno de nosotros debe esforzarse por realizar, en la propia vida. Pero para ser *ipse Christus* hay que *mirarse en Él*. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz” (ECP, 107).

Desde esa mirada a Cristo, se mira a la propia persona. La formación del carácter presupone autoconocimiento, advertencia de las propias cualidades y de las propias limitaciones, de forma que se potencien los aspectos positivos y se corrijan los negativos: “las asperezas de tu carácter, tus egoísmos, tu comodidad, tus antipatías...” (S, 863). Y, supuesto ese conocimiento, decisión de crecer, de mejorar, de ser más dueño de uno mismo, sin permitir que aflore el “mal carácter”, como señala un punto de *Surco* (S, 651) en referencia a los caracteres amargos y agresivos, pero formulando un principio que es aplicable a cualquiera de los aspectos negativos de la personalidad.

La formación y dirección del carácter, la lucha contra los propios defectos, conlleva el ejercicio de las virtudes: la humildad, que modera el amor desordenado de la propia excelencia; la templanza, que

ayuda a superar la tentación de buscar ante todo lo placentero; la fortaleza, que corrige tanto la irascibilidad como la abulia; la castidad que, al dominar la afectividad, “enreca” el carácter (cfr. C, 144); la laboriosidad, que impulsa a perseverar en la tarea, venciendo la tentación de la comodidad; la afabilidad, que fomenta el trato amable y distendido... En suma, todo lo que, enseñando a decir que “no” a lo que implica egoísmo o falta de control (cfr. C, 5), coloca en condiciones de decir que “sí” a lo que verdaderamente vale: el amor a Dios y los demás. Esto requiere, y san Josemaría lo recuerda, que la práctica de las virtudes sea auténtica, es decir, que vaya más allá de un comportamiento meramente exterior, y esté acompañada de una verdadera decisión de la voluntad. “La fachada es de energía y reciedumbre. –Pero ¡cuánta flojera y falta de voluntad por dentro! –Fomenta la decisión de que tus virtudes no se transformen en disfraz, sino en hábitos que definan tu carácter” (S, 777).

La educación del carácter no es una tarea que afecte sólo a algunos momentos del día o a algunas etapas de la vida, sino que se realiza a través de las circunstancias en las que se desenvuelve la vida ordinaria, a la que el fundador del Opus Dei concedió siempre singular importancia: lo de cada día. La negación de sí mismo en las cosas ordinarias es lo que fortalece la voluntad. “No desprecies las cosas pequeñas, porque en el continuo ejercicio de negar y negarte en esas cosas –que nunca son futilidades, ni naderías– fortalecerás, virilizarás, con la gracia de Dios, tu voluntad, para ser muy señor de ti mismo” (C, 19). Así las diversas facultades, que son como “resortes” de la acción, constituirán un conjunto de “teclas” bien afinadas, capaces de sonar armónicamente, sin tensiones ni disonancias, no sólo en momentos especiales, sino en cualquier situación: “¡Esa desigualdad de tu carácter! –Tienes el teclado estropeado: das muy bien las notas altas y las bajas..., pero no suenan las de en medio, las de la vida corriente,

las que habitualmente escuchan los demás” (S, 440).

La lectura del primer capítulo de *Camino* pone de manifiesto que el fundador del Opus Dei, en relación con la formación del carácter, concede una particular importancia, tanto a la necesidad de abrir el alma a grandes ideales (cfr. especialmente C, 1, 7, 11, 12, 16, 17), como al trato con quienes nos rodean y con quienes convivimos, es decir, al dominio sobre el propio carácter y a la finura en la caridad que se adquieren saliendo de sí mismo y, cuando llega el caso, respetando, y apreciando, los modos de ser que son distintos del nuestro. “A veces pretendes justificarte, asegurando que eres distraído, despistado, o que, por carácter, eres seco, reservón. Y añades que, por eso, ni siquiera conoces a fondo a las personas con quienes convives –Oye: ¿verdad que no te quedas tranquilo con esa excusa?” (S, 755). Y en el primer capítulo de *Camino*: “Chocas con el carácter de aquel o del otro... Necesariamente ha de ser así: no eres una moneda de cinco duros que a todos gusta. Además, sin esos choques que se producen al tratar al prójimo, ¿cómo irías perdiendo las puntas, aristas y salientes –imperfecciones, defectos– de tu genio para adquirir la forma reglada, bruñida y reciamente suave de la caridad, de la perfección? Si tu carácter y los caracteres de quienes contigo conviven fueran dulzones y tiernos como merengues, no te santificarías” (C, 20). Pensamiento que en *Surco* se resume con estas palabras: “El diamante se pule con el diamante..., y las almas con las almas” (S, 442).

Así, en el desarrollo de la vida ordinaria, en la convivencia con los demás, en la dedicación ilusionada a la propia tarea, en la superación de problemas, dificultades o contradicciones, tendrá lugar un hondo proceso de formación del carácter, siempre que en su raíz estén ese trato con Dios, esa conciencia de la filiación divina, ese saberse pequeño, niño, delante de

Dios del que fluyen el crecimiento en la fe, en la esperanza y en el amor y, como consecuencia, la entrega. “No dejaré de insistirte, para que se te grabe bien en el alma: ¡piedad!, ¡piedad!, ¡piedad!, ya que, si faltas a la caridad, será por escasa vida interior: no por tener mal carácter” (F, 79).

Firmeza de carácter, caridad verdadera, trato filial con Dios, se funden así en una síntesis que recorre toda la obra de san Josemaría y de la que son expresión acabada los dos puntos, uno de *Surco* y otro de *Camino*, que citamos a continuación: “Serenos y equilibrados de carácter, inflexible voluntad, fe profunda y piedad ardiente: características imprescindibles de un hijo de Dios” (S, 417). “Ser pequeño: las grandes audacias son siempre de los niños. –¿Quién pide... la luna? –¿Quién no repara en peligros para conseguir su deseo? «Poned» en un niño «así», mucha gracia de Dios, el deseo de hacer su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere” (C, 857).

De esa unión entre gracia divina y correspondencia humana de la que depende la formación del carácter, encontramos –nos lo recuerda san Josemaría– un modelo acabado en Santa María: “«Una gran señal apareció en el Cielo: una mujer con corona de doce estrellas sobre su cabeza; vestida de sol; la luna a sus pies». –Para que tú y yo, y todos, tengamos la certeza de que nada perfecciona tanto la personalidad como la correspondencia a la gracia. –Procura imitar a la Virgen, y serás hombre –o mujer– de una pieza” (S, 443).

Voces relacionadas: Defectos; Lucha ascética.

Bibliografía: CECH, *passim*; AA.VV. *Un santo per amico. Testimonianze sul Beato Josemaría Escrivá*, Milano, Ares, 2001; Ernst BURKHART - JAVIER LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*,

II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 238 ss.; Javier ECHEVARRÍA, *Eucaristía y vida cristiana*, Madrid, Rialp, 2005; Pedro RODRÍGUEZ, *Camino, una espiritualidad de vida cristiana*, Madrid, Astygi, 1972.

Genara CASTILLO

CARIDAD

1. El *mandatum novum*. 2. Universalidad del amor cristiano. 3. Caridad, afectividad y cariño. 4. Caridad, comprensión, perdón y justicia.

San Josemaría, recogiendo la tradición bíblica, explica de muchos modos cómo el amor a los hombres se fundamenta en el amor a Dios. La unidad con que san Josemaría presenta estos dos aspectos del amor es tal que cabe hablar de “un único Amor fontal omnipresente, sencillo, inteligente, recio y tierno a la vez” (CARDONA, 1988, p. 175). En este *Diccionario* se dedica una voz propia a su enseñanza sobre el Amor a Dios. Por este motivo, esta voz se centra en la doctrina de san Josemaría sobre la virtud de la caridad cuando se dirige hacia los hombres.

La práctica de la caridad, característica esencial de la vida de san Josemaría, constituye un elemento central de su enseñanza. Fue un sacerdote que sabía querer del todo, sin cortapisas, y que enseñó a amar “con el ansia de repartir calor divino y humano, *ahogando el mal en abundancia de bien*” (ECHEVARRÍA, 1994, p. 251).

Su doctrina en torno a la caridad está enfocada desde una perspectiva trinitaria y cristocéntrica. La clave principal radica en el amor de Cristo. “(...) El amor de Jesús a los hombres es un aspecto insondable del misterio divino, del amor del Hijo al Padre y al Espíritu Santo” (ECP, 169). El hombre tiene así acceso en la gracia a la “corriente de amor instaurada en el mundo por la Encarnación, por la Redención y por la Pentecostés” (ECP, 163). San Josemaría contempla el desbordarse de la caridad

desde su fuente en Dios, que es Amor (cfr. AD, 228), a través de Jesucristo (cfr. ECP, 163; AD, 224, 230), como fruto del Espíritu Santo (cfr. AD, 236), para transformar al cristiano a imagen de Cristo (cfr. AD, 236) y hacerlo así capaz de amar a todos los hombres como el Señor lo ha hecho (cfr. AD, 225). Dentro de esta corriente sobrenatural, el amor a los demás queda inscrito como parte integrante del acercamiento del hombre a Dios: “la caridad con el prójimo es una manifestación del amor a Dios” (AD, 232).

En suma, a la luz de la caridad de Cristo, el amor del cristiano “se fundamenta en una raíz sobrenatural, puesto que no se guía por simpatías o antipatías, sino que procede de Dios mismo, que se nos revela –con su paso por la tierra– profundamente humano; pone en ejercicio los resortes de la afectividad que acompañan siempre a la caridad auténtica” (ECHEVARRÍA, 2001, p. 203). Por otra parte, como las demás virtudes, la caridad está también llamada a crecer. El progreso en la vida cristiana nunca se puede dar por terminado (cfr. AD, 232). De ahí que san Josemaría sostenga que sería ingenuo pensar que las exigencias de la caridad se cumplen con facilidad. Siempre es necesario el empeño personal (cfr. AD, 234).

1. El *mandatum novum*

San Josemaría extrae su enseñanza sobre la caridad del Evangelio mismo. Entre los textos del Nuevo Testamento que tiene más presentes, además del referido al doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo (Mt 22, 37-40), debe destacarse por su especial importancia el relacionado con el *mandatum novum* de la caridad (Jn 13, 34-35).

Por el misterio de la Encarnación, el Verbo ha asumido una naturaleza humana perfecta. Cristo se ha convertido así en el verdadero modelo de todo lo humano (cfr. AD, 74). El *mandatum novum* viene a ser un puente perfecto entre el obrar de Jesús